La transmisión a través de las generaciones y sus avatares

Beatriz Janin*

"Todo sujeto se define necesariamente por la relación con sus imágenes parentales "originarias": está unido a quienes le dieron la vida y estará ligado a ellos por los lazos del Inconciente y el parricidio, de la sexualidad y la muerte"
(Green, 2000, pág. 49).

"Nuestra modernidad no es solamente la crisis de la transmisión, de sus objetos y de sus procesos: es también la crisis del concepto de la transmisión misma."
(Kaës, 1996, pág. 29).

Estamos marcados por generaciones anteriores, de diferentes modos… Así, sabemos que lo vivenciado por los padres y abuelos es inevitablemente transmitido y nos marca de diferentes modos.

Pero también antepasados a los que nunca conocimos tienen incidencia en nuestras vidas, en el modo en que nos vemos a nosotros mismos y nos ubicamos en el mundo y en repeticiones ciegas que no podemos comprender.

Es decir, hay una transmisión que es intergeneracional, entre generaciones adyacentes y otra que es transgeneracional, en la que son ancestros muchas veces desconocidos los que determinan algunas de nuestras conductas o nuestros sentires.

El psiquismo se constituye sobre la base de las huellas que han dejado las vivencias con otros, la sexualidad y las prohibiciones internas de los otros. Así, René Kaës habla de "producción intersubjetiva de la psique", (Kaës, 1996, pág. 13).

* Licenciada en Psicología. Directora del Programa de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (en convenio con la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires). Investigadora. Profesora en seminarios de diferentes universidades, hospitales y centros de salud de Argentina y España. Ha escrito numerosos artículos sobre psicoanálisis con niños y adolescentes en revistas especializadas de Argentina, España, Francia, Brasil, Uruguay e Italia. Autora de los libros *Niños desatentos e hiperactivos* (2007), *Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños* (2013), *El sufrimiento psíquico en los niños* (2011), *Infancias y adolescencias patologizadas* (2018). Co-autora y compiladora del libro *Marcas en el cuerpo* (2009).

Inevitablemente, transferimos sobre los otros deseos, afectos, ideas, tanto concientes como inconcientes. Es como si estuviéramos compelidos a transmitir nuestras angustias y nuestros temores, nuestros anhelos y nuestras reflexiones, aun cuando intentemos no hacerlo. Y a la vez otros nos han transmitido los suyos. Posiblemente, así como Piera Aulagnier dice que estamos compelidos a investir también lo estemos a transmitir.

Kaës agrega: "*De nuestra prehistoria tramada antes de que naciéramos, lo inconciente nos habrá hecho los contemporáneos, pero sólo llegaremos a ser sus pensadores por los efectos de resignificación.*" (íd, pág. 17).

Es decir, tenemos inscriptas las marcas de lo vivenciado por las generaciones anteriores, y tendremos que hacerlo nuestro a través de un trabajo de elaboración, de ligazón, de historización, para que no sea un eterno presente mudo.

En especial, los padres transfieren sobre sus hijos sus propias angustias, sus propias pasiones y sus propias represiones, sus incertidumbres y sus temores… que a su vez es lo que inscribieron y metabolizaron (o no) de lo transmitido por sus propios padres. Y también aquellas marcas que desconocen, los agujeros representacionales que fueron quedando en ellos.

En la novela *Marcas de nacimiento*, de Nancy Houston, se va mostrando cómo la historia trágica de una bisabuela produjo consecuencias en las generaciones siguientes. Y también cómo se entrama lo familiar con los acontecimientos político sociales. ¿Cuántas personas siguen sufriendo los efectos de campos de concentración en los que jamás estuvieron? ¿Cómo incide la inmigración de sus bisabuelos en los jóvenes de hoy? ¿Qué marcas fue dejando la dictadura en la psiquis de una generación y cómo se transmite esto a las generaciones siguientes? Muchas puertas abiertas a investigar…

Y hay diferencias: hay una transmisión que es en palabras, en relatos, que nos permite apropiarnos de lo transmitido y modificarlo, ligarlo a las propias vivencias, mientras que hay otra transmisión que es una transmisión de cosa, sin lenguaje verbal, sin señales reconocibles… puro gesto y emoción. Aquello que se transmite más allá de la voluntad y que puede no tener ninguna representación verbal tampoco en el que lo transmite. Porque el terror deja impresos fragmentos sensoriales, afectivos, difíciles de traducir. Son miradas, silencios, sensaciones, que nos gobiernan por momentos y que suelen opacar los vínculos, sin que se pueda hacer un relato, construir una trama.

Entonces, las historias de los antepasados dejan huellas y cuando han quedado sepultadas, operarán produciendo patologías psíquicas o somáticas en los descendientes.

Así, la vergüenza, el terror o duelos difíciles pueden llevar a sostener secretos a una generación, a silenciar lo ocurrido.

Es importante tener en cuenta que lo transmitido será metabolizado y transformado o no por el sujeto. Pero esto siempre y cuando no sea un material bruto, al estilo de los "elementos beta" que teorizó Bion. (Bion, 1966).

Estas marcas de lo dicho y lo no-dicho irán constituyendo diferentes memorias, preconcientes e inconcientes, desde lo recordado concientemente (recuerdos de los relatos que poblaron la infancia), lo que podemos contar a nuestros hijos y nietos, hasta aquello que repetimos en nuestros actos, sensaciones o afectos sin tener conciencia de que es una repetición de vivencias ajenas. Memorias que se arman en una escena vincular y a través de varias generaciones.

Y estas memorias pueden ser contradictorias. Muchas veces, lo dicho, lo relatado, la "historia oficial" no es compatible con aquello que fue dejando marcas de dolor, de terror o de tristeza en otras generaciones.

Y es que hay una transmisión que traspasa lo dicho, que no es conciente para aquellos que la realizan, que está posibilitada por la investidura que el niño realiza de los otros cercanos y por la comunicación de inconciente a inconciente entre el niño y su madre (o quien cumpla esa función).

En tanto hay huellas que se van grabando mucho antes de la diferenciación Inconciente-Preconciente, el niño va a detectar los afectos y las representaciones de todos aquellos investidos libidinalmente y va a realizar con ellos lo que pueda. Y en tanto el universo infantil se circunscribe fundamentalmente al psiquismo de aquellos que lo rodean, estas huellas dejarán una impronta importante en su vida.

A la vez, los padres tienen un poder identificante en relación al niño. Son ellos los que le otorgan un lugar y le devuelven una imagen de sí. Y el niño se mira en ese espejo y se apropia de esa imagen, confundiéndola con la propia. Pero ese lugar dado no es generalmente conciente. Muchas veces, lo transmitido allí es una representación de alguien (muchas veces ya muerto) de la historia materna o paterna con quien el niño puede quedar confundido.

Quiero insistir en que la causalidad no es nunca lineal. El niño no es un receptáculo vacío sobre el que se imprimen vivencias ajenas. Hay una reinscripción interpretativa de esas vivencias, así, el niño hace una "metábola" de aquello que recibe. O sea, hace como con el bolo alimenticio, tiene que "digerir" con los elementos de los que dispone en ese momento de su vida aquello que le es transmitido. Pero hay veces que lo transmitido es justamente "indigerible".

En ese sentido, es muy diferente que las historias sean "transformables", como plantea Kaës, es decir que podamos volver a transmitirlas pero desde esa apropiación nuestra, a que sean objetos "no-transformables", que queden como una especie de piedra que se pasa de una generación a otra, o más bien como un agujero que coarta posibilidades asociativas.

Dice Kaës: "*Los objetos psíquicos inconcientes transformables tendrían la estructura del síntoma o del lapsus. Serían transferibles sobre el terapeuta. Estos objetos se transforman por otra parte naturalmente en el seno de las familias: forman la base y la materia psíquica de la historia que las familias transmiten a sus descendientes de generación en generación. A estos objetos transformables se oponen objetos no transformables, cuyos efectos es posible reconocer en los objetos "en bruto", especie de cosas en sí que tienen entre otras finalidades, la de atacar el aparato de transformación de los miembros de la familia o del grupo, o de los terapeutas*". (Kaës, íd, pág. 26).

Así, las dificultades que presentan algunos sujetos fruto de la transmisión de objetos no transformables no pueden ser pensados por fuera de los intercambios intersubjetivos.

Y esto cobra particular importancia en los niños, en tanto puede signar la constitución subjetiva. En un momento de la vida en el que se necesita que el adulto brinde elementos alfa (Bion, 1962) en tanto "digeridos" previamente por otro para facilitar la propia incorporación, la transmisión de agujeros, de cajas vacías y de objetos inertes, puede incidir en el armado de un funcionamiento psíquico "agujereado", con vacíos representacionales que impiden el sentir y el pensar.

Este impedimento, esto que complica el registro de afectos y el armado de pensamientos, está muchas veces entramado con historias colectivas que han quedado sepultadas. Desestimadas o desmentidas, siguen teniendo efectos sobre las generaciones venideras. Es por esto que los juicios que se vienen realizando en Argentina por la violación de los derechos humanos tienen un efecto

preventivo en la salud psíquica de las generaciones venideras. Hay historias que no se olvidan, sino que se intentan enterrar pero resurgen con toda su fuerza en forma de actos compulsivos o en diferentes formaciones sintomáticas.

"Cuando lo que se transmite es algo que, por estar "fosilizado" no puede ser modificado sino que plantea una textualidad en su repetición, las posibilidades de armar una historia que permita salir de la repetición se tornan más complicadas. Muchas veces, lo que predomina es el intento de sacarse de encima, de volver a expulsar lo que molesta sin tener nombre ni haber sido vivenciado por el sujeto. Otras, queda una sensación de "agujero"; algo que perturba e impide el despliegue creativo insiste sin que el niño pueda ubicarlo en algún lugar." (Janin, 2011, pág. 54, 55).

La repetición

Nos encontramos en la clínica con las mil formas de la repetición: en los vínculos de pareja, en la relación padres-hijos, en la historia de cada uno...

Así, siempre una segunda vez marca golpeando y consolidando un funcionamiento. Repetición que aún en la identidad marca diferencias...

En algunos casos, lo que se repite es lo esperado... Repetición de ideales, de proyectos inconclusos... que el niño sea aquel que cumpla lo que los padres no pudieron hacer. Pero también están aquellos que suponen una repetición permanente de la no-salida y esperan del hijo el cumplimiento del vaticinio de fracaso. Prevalece un tipo de pensamiento pesimista ("siempre va a ser igual", "no tiene cura", "es un fracasado") que deja al niño en una red de profecías mortíferas, sin salida y lo arroja a una disyuntiva difícil de resolver: o confirma con su fracaso la palabra paterna o lucha por tener un destino propio, suponiendo que en ese recorrido mata al padre.

También podemos pensar en una repetición del agujero, del vacío, del recorrido que dejó el rayo en nuestra psiquis. Reiteraciones del arrasamiento psíquico que insisten. Por ejemplo, en el caso de algunas madres deprimidas, subsumidas en un duelo que no pueden tramitar porque remite a otros duelos vividos por generaciones anteriores y no saldados, con las que el niño, al dirigirse a ellas, encuentra un vacío que se presentifica en él en forma de una tristeza que lo inunda más allá de sus propias vivencias y que anula posibilidades de inscribir y ligar.

También en la mirada de los padres hacia el hijo se van dando repeticiones, reencuentros y desencuentros.

Los padres suelen reencontrarse no sólo con los propios aspectos amados sino también con aquello insoportable de sí, que vuelve desde el otro. En esos casos, el hijo repite lo que se intentó expulsar, que retorna desde lo idéntico no-pensado. A veces, lo que retorna es la figura de algún personaje de la historia que quedó anudado a terrores o amores y que retorna casi alucinatoriamente en ese hijo, imprimiendo en él una mirada sesgada. Y esta mirada puede determinar en el niño funcionamientos cuyas causas lo exceden y que, si no se develan en la escena vincular, puede ir transmitiéndose a las otras generaciones.

Así, como escribí en el libro *El sufrimiento psíquico en los niños*, la repetición de padres a hijos puede ser pensada como el modo en que reaparece en los hijos lo desestimado, lo desmentido y lo reprimido de los padres.

Lo reprimido retorna, desde el niño, en forma de síntoma o en funcionamientos que esbozan el armado de un síntoma. Cuando predomina la represión, se transmiten las representaciones reprimidas pero también las normas y prohibiciones que impulsaron la represión, las fallas del mecanismo defensivo, las grietas que deja. Este tipo de repetición deja lugar a la construcción de fantasías.

Pero cuando lo que se presentifica en el niño es algo del orden de lo desmentido en los padres, el niño no ha incorporado tanto contenidos como una defensa a ultranza del narcisismo y entonces lo que hace es repetir ciegamente un mecanismo que lo lleva a actuaciones permanentes. Tiene que sostener la desmentida porque en eso se le va el "ser", lo que lo lleva a una pelea con el mundo a expensas del principio de realidad.

Ahora bien, si lo que predomina en los padres es la desestimación, el niño pasará a ser la presentificación de lo rechazado, y puede tener un lugar en el delirio paterno/materno, o llenará agujeros representacionales de los otros, lo que lo deja sin pensamiento propio. El niño queda como representante de aquello desestimado, como lo siniestro.

Podemos pensar aquí la pulsión de muerte, como la insistencia de aquello "cuyo objetivo último permanece idéntico: abolir el pensamiento en el vacío de la nada" (Moury, 1989, pág. 192). Lo que se produce a veces es la repetición del vacío, como en algunos trastornos de atención, cuando el problema no es que el niño inviste otros aspectos del mundo de aquellos que el contexto le exige sino que "se borra" y "borra" el mundo." (Janin, 2011, pág. 53, 54).

En estos casos, el agujero representacional en el adulto (en cuanto a capacidad para tramitar afectos, para conectarse y decodificar las alteraciones internas del niño) se inscribe como blanco representacional en el niño.

Identificar a, identificarse con

A veces, los padres consultan por un niño con el que se identifican totalmente, identificación que borra diferencias y que deja al niño sumido en un "ser" sin ser, en tanto sólo puede existir como fotocopia de alguno de sus progenitores. De este modo, el niño queda inscripto en una repetición en la que él carece de destino propio.

Al ser identificado con uno de los progenitores no por semejanza o por identidad en relación a un rasgo, sino con un juicio totalizador, abarcativo del conjunto de la persona, "él es otro", esta identificación opera como enunciado desubjetivizante. Si uno sólo es actor de una historia que ya se encuentra escrita y sólo puede cumplir con el papel asignado, la construcción de la subjetividad queda fallida.

A la vez, como esto sólo puede engendrar fracasos, en tanto aquél que tendría que repetir la historia debe hacerlo fuera de tiempo y lugar, sin registro de sentimientos ni pensamientos propios, se transforma en una repetición que desencadena en los progenitores decepción y odio.

Así, los padres narcisistas tienden a identificar al niño consigo mismos, a considerarlo como un aspecto propio siempre que el niño coincida con los aspectos idealizados del propio yo-ideal. Pero cuando se muestra diferente a lo esperado, pasa a ser "el otro", "el extraño", "el no-yo". También, el niño puede ser el portador de lo propio rechazado de sí mismo.

"*La parte clivada o alienada del yo es identificada con la lógica narcisista de los padres según la cual "todo lo que merece ser amado es yo, aunque esto venga de ti, el niño". "lo que reconozco como viniendo de ti, el niño, lo odio; además te cargaré con todo lo que no acepto en mí: tú, el niño serás mi no-yo*". (Faimberg, 1996, pág. 84). Es decir, la lógica del yo del placer, el juicio de atribución, rige el vínculo en estos casos.

A veces, cuando entre los padres predomina el odio, aquello que en el hijo aparece como reflejo del otro cónyuge, suscita rechazo. Si todo niño se identifica al padre y a la madre en ciertos rasgos, cuando los rasgos a los que el niño se identifica coinciden con los aspectos rechazados del otro, o evoca lo insoportable, esto acarrea dificultades en ubicar al niño como alguien diferente.

¿Cómo se puede sentir un niño que se siente rechazado por ser una suerte de reflejo de otro? Quizás una de las posibilidades es que el niño pase a odiar ese rasgo, o que atribuya a otras cuestiones el rechazo parental, o que totalice el rasgo y se asuma "siendo" el otro.

Es frecuente que los padres intenten no repetir los funcionamientos que suponen errados de sus propios padres. Sin embargo, si esos funcionamientos no pudieron ser tramitados, es posible que se reiteren en el intento de hacer lo diferente. Y que esto pase por fuera de su conciencia.

Una mamá contaba que, cuando era niña y los padres se enojaban con ella, no le hablaban durante varios días. El silencio de ellos quedó marcado como lo terrorífico. Por eso, ella jamás le decía que no a su pequeña hija, ni la retaba. Pero cualquier situación de enojo con la niña la angustiaba tanto que no podía transmitirle ninguna norma ni mostrar lo que sentía. Finalmente, retornaba el silencio. De este modo, e intentando no repetir la historia, volvía a producir el mismo efecto: le negaba todo decir y la dejaba sumida en un mundo de angustias y de ausencia de palabras.

Los niños muestran las marcas de lo no dicho…

La compulsión a la repetición en los niños suele expresarse a través de accidentes, de conductas impulsivas, de enfermedades.

El juego del carretel muestra la repetición como intento de apropiación, de dominio de la ausencia del otro y la constitución de la diferencia en esa repetición. Pero puede haber una expulsión que no lleve a la simbolización. Mientras que en el juego del carretel se delimita un adentro y un afuera, un yo y un no-yo, elaborando la ausencia del objeto, en otros casos, la expulsión es un intento de arrancar de sí lo insoportable. Y esto puede jugarse desde los padres, que expulsan hacia el hijo lo propio horroroso y repetirse en los hijos, que pueden reiterar el contenido representacional pero, sobre todo, el mecanismo expulsor.

En Pulsiones y destinos de pulsión Freud nos muestra el movimiento de la pulsión en su recorrido, en el que el otro ocupa un lugar fundamental: posibilita el devenir, el interjuego actividad, pasividad, actividad, que va constituyendo a la pulsión misma y también a la diferencia entre el sujeto y el objeto, o puede incidir en la fijación de la pulsión a uno de sus polos. Así, hay padres que tienden a ubicar al otro como un objeto a ser exhibido, como un adorno a ser mostrado, ¿a quién se dirigen cuando desvitalizan al hijo? Y si una mamá ata a un niño para que no ensucie, ¿qué es lo que ella misma está repitiendo? ¿a quién está atando?

Tomaré una viñeta en la que la repetición involucra a tres generaciones. Hace algunos años, me consultaron por un niño con dificultades de aprendizaje. En el momento de la consulta, la madre del niño estaba en plena emigración: había decidido irse a vivir a otro país, siguiendo a un hombre del que se había enamorado. Había perdido la tenencia de sus hijos en un juicio de divorcio controvertido, en gran medida por haber hecho pública una infidelidad. A pedido mío, la señora concurrió a una entrevista. Habló del amor que sentía por sus hijos y a la vez insistió en lo inevitable e inmodificable de su decisión, que la llevaba a realizar un acto que yo no terminaba de entender ni ella de explicar. Me llamó la atención el modo en el que había ido armando una historia que desembocaba en esta situación en la que perdía el contacto con sus hijos (por lo que se lamentaba). Bastante tiempo después, me enteré que esta señora había sido "entregada" por su madre biológica (sin trámite legal y sin papeles) y que los padres adoptivos (que la inscribieron como propia) le habían ocultado esta información. Es decir, ella "no sabía" que había sido adoptada. En ese momento, lo indominable, lo imparable que me había parecido su decisión, esta "entrega" que hacía de su hijo, cobraba otro sentido. Como repetición de la escena terrorífica, reaparecía lo siniestro, ese sabido-no sabido del que había quedado apresada. A la vez, frente a la ausencia materna, el niño, que tenía diez años, comenzó con encopresis (repentinamente, perdió todo registro del acto de defecar y "se hacía encima" en cualquier lugar y momento), repitiendo con su cuerpo la pérdida que no podía tramitar. Tampoco podía aprender, en tanto conocer implicaba meterse en una historia donde lo "sabido-no sabido" se presentificaba en actos que sólo cobraban sentido por su articulación con lo no dicho, que ya en la tercera generación había pasado a ser lo "impensable". Abandono, entrega, mentiras, traiciones, ocultamientos… todo se iba eslabonando en una cadena en la que predominaban los agujeros representacionales, los secretos. Y el carácter compulsivo de los actos de esta mujer ponía en evidencia esa repetición de una historia en la que ella quedaba como un títere a merced de una fuerza encarnada, "echa carne" en ella, pero proveniente de mentiras y silencios ajenos.

Todo esto lleva a pensar que todo niño que consulta debe ser pensado en una red de repeticiones en la que hay otros involucrados, en la que las vías y los modos de la repetición irán esbozando formas diferentes.

Es decir, sin dejar de lado las determinaciones individuales, los recorridos propios de lo que cada uno hace con el material que recibe, es importante ver cómo se van tejiendo estas determinaciones en la trama intergeneracional y transgeneracional.

Primera versión: 03/11/2018
Aprobado: 22/11/2018

Bibliografía

Aulagnier, Piera (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu ed., 1987.

Bion, W. R. (1966). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1975.

Faimberg, Haydée (1993). "El telescopaje (encaje) de las generaciones". En Kaës, René, Faimberg, H., Enriquez, M., Baranes, JJ. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996.

Freud, Sigmund (1920). *Más allá del principio del placer. O. C*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.

Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión. O.C*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.

Freud, S. (1914). *Recordar, Repetir y Reelaborar. O. C*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.

Green, André (2000). *La diacronía en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Ed., 2002.

Janin, Beatriz (2011). *El sufrimiento psíquico en los niños*. Buenos Aires: Noveduc.

Kaës, René; Faimberg, H.; Enriquez, M.; Baranes, JJ. (1993). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu ed., 1996.

Moury, Raoul (1989). *Lo negativo*, en Missenard, A. y otros, Buenos Aires: Amorrortu Ed.

Rechardt, Eero (1989). *La pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu Ed.

Resumen

Cada generación transmite a las siguientes lo vivenciado, sentido y pensado. Pero también transmite aquello que desconoce de sí mismo, las marcas que dejaron los silencios de las generaciones anteriores. Esa transmisión deja agujeros de sentir y pensar que se repiten a través de las generaciones. Y los niños muestran en su sentir, pensar y actuar esa repetición.

Palabras clave: transmisión; representación; repetición; memoria; huellas mnémicas.

Summary

Every generation broadcasts to the following everything they had experienced, felt or thought. But also, they convey everything that is unknown for their own, the stains produced by the silence of the previous generations. That transmission leaves holes of feel and think that are repeated throughout the generations. The children develop this repetition in their way of thinking, feeling or performing.

Key words: transmission; representation; repetition; memory; mnemic footprints.

Résumé

Chaque génération transmet a la suivante son vécu, son ressenti et sa pensée, mais également ce qu'elle méconnaît sur elle-même: les traces laissées par les silences des générations précédentes. Cette transmission laisse des zones aveugles du ressenti et de la pensée qui se répètent au travers des générations. Cette répetition apparait chez les enfants "jouée" a travers l'expression de leurs sentiments, comportements et pensées.

Mots-clés: transmission; représentation; répetition; mémoire; empreintes mnémiques.

Beatriz Janin

beatrizjanin@yahoo.com